

Sobre la fantástica teoría del origen de las desgracias¹

Erik Amézquita

Viajar en el tiempo no debe de ser un asunto sencillo. Empezando por el hecho de que nuestra intuición del tiempo es vaga y la teoría cuántica desarrollada hasta la fecha solo deja más preguntas que respuestas. Lo que sí sabemos es que la entropía siempre está presente y en aumento. Entropía significa que la materia y energía siempre pasan de un estado ordenado y útil, a uno caótico y poco productivo. Como ejemplos burdos, pensemos en la energía como una gota de tinta o como ese bello florero con rosas que adornaba la sala de la abuela. La tinta y el florero están ordenados, listos para cumplir su propósito, como por ejemplo escribir una carta íntima y luego proveer la rosa que acompaña dicha carta para ella tan especial. Y en tal delirio idílico estamos que el florero cae de la mesa y estalla en mil pedazos de tamaños diversos.

Y es ahí, cuando la energía cumple su propósito, que pasa de ser ordenada a caótica. No podemos devolver la tinta del papel al bolígrafo, ni podremos conservar flores con fragmentos de porcelana. La entropía ha hecho de las suyas y nos lo echa en cara. Ah, podrá argumentar el optimista, que con un proceso altamente controlado y avanzado de química podremos separar efectivamente las moléculas de tinta de las de papel. Y con algo de empeño, en honor a la memoria de la abuela, podremos rearmar el florero tal cual un rompecabezas. Jaque mate, entropía, musitamos victoriosos. Pero la entropía tiene todas las cartas del juego en su bolsillo: ¿acaso no requiere energía

¹Ejercicio de escritura con premisa: “Escribe una historia que involucre Viaje en el Tiempo”. Aprovecho también a mezclar Six-Word Challenge: tomar seis palabras interesantes de una misma página texto que esté leyendo. En este caso se trata de la 2a página del capítulo #30 de “Rayuela” de Julio Cortázar, las palabras siendo:

bolsillo, empujoncito, ciudad, juego, extraordinario, indecible

la producción de reactivos químicos? Y seguro que al final de resolver semejante rompecabezas floral estaremos con ganas de devorar un caballo. De ese modo, hemos gastado (y desordenado) aún más energía y un día entero en total en reordenar el caos provocado en un instante. Recuperar un poquito de tinta y un recuerdo bonito no es tarea sencilla.

Todo lo anterior es para ilustrar una de las muchas complejidades que involucran el viajar al pasado. Si pudieramos volver 30 minutos atrás y prevenir la caída del florero, un caos y destrucción similar o mayor debe de ocurrir en alguna otra parte. Quizá por rescatar la reliquia familiar provocamos que un camión se estampe contra una galería en San Francisco. Salvar un jarrón aquí implica estallar mil jarrones más allá. Volver al pasado y prevenir el uso de tinta en el bolígrafo sería la causa de porqué aquel editor perdió la única copia del manuscrito que sería el próximo Nobel. Y así, de repente, viajar al pasado ya no es una utopía ni propósito extraordinario.

Pobres los ilusos que desean volver a la Alemania Nazi y prevenir el Holocausto. Se trata una causa noble en extremo, nobilísima sin duda alguna, pero no podemos arriesgarnos a que Bosnia y el resto de la península Balcánica se conviertan en vertederos nucleares 50 años después. Ni podremos cambiar el curso de la historia para evitar cambiar el curso de los ríos y así salvar al mar Aral; volveríamos al presente para descubrir con gran pesar que Australia ahora no es más que una montaña gigante de ceniza, lo único que quedó de sus ciudades y biodiversidad irrecuperable. ¿Y porqué todas las desgracias habrían de ocurrirnos a nosotros? La entropía únicamente dicta el desorden irreversible de materia-energía, no la ubicación de ésta.

Tal vez si volvemos 30 años atrás y prevenimos los 100 días fatídicos de Rwanda, se habrá desencadenado una hecatombe sin precedentes en algún planeta hasta entonces próspero a más de 50 millones de años luz de distancia. Nunca nos enteraremos de su desgracia en primer lugar, pues el genocidio atroz no dejará sobrevivientes ni memoria. Sin saber las consecuencias, dormiremos

tranquilos creyendo que el universo, con hutus y tutsis en armonía, ahora es un lugar mejor. Prevenir y rescatar a los estudiantes de Tianmen o Tlatelolco puede aniquilar en horrores indecibles a la juventud entera de medio universo. No se vale arriesgar a que nuestros vecinos intergalácticos sufran las mismas tragedias que nos atribulan.

Es una cuestión de ética que se vuelve más evidente cuando intercambiamos roles. Supongamos que más allá de la Vía Láctea existen miles de civilizaciones años luz más avanzadas que nosotros. Ellos tienen dominio para viajar al pasado para arreglar problemas menores, sin saber que nosotros en la Tierra somos los que balanceamos parte de la entropía producida. Ahora salen a bailar eufóricos los cínicos, quienes argumentan que en este juego de intercambio de caos solo podemos aceptar de brazos cruzados las tragedias impuestas. Menuda forma de resignarse ante la historia. Los soviéticos realmente son inocentes del asesinato de la democracia húngara, pues ello fue la consecuencia simple de prevenir la hegemonía de Mr. Ywx en la junta de vecinos de su barrio en aquel cómodo planeta más allá de Alfa Centauri. Y para reorganizar el comité escolar de padres de familia en algún instituto inimaginablemente lejano, a nosotros nos tocó ver como los estadounidenses derrocaban la democracia guatemalteca. ¡Alabados sean todos, pues todos somos libres de culpa!

Es reconfortante liberarse así nomás del libre albedrío. Demasiado sencillo. Una explicación demasiado sencilla que requiere de un análisis más cauteloso. Quizá la entropía es como la corriente eléctrica: busca el medio y camino más corto para moverse y manifestarse. Puede ser que la entropía producto de viajes temporales no provoque la tragedia entera, simplemente busca la tragedia que ya está a punto de consumirse y da el empujoncito final que hacía falta. Habrá que invertir en cinta aislante y botas de goma entonces. O mejor aún, darnos cuenta que ocupamos una nada en el universo entero. No se puede tener tan mala suerte para ser los que siempre pagamos los

platos rotos. Entre miles de millones de estrellas y planetas, hay mucho espacio de donde escoger la creación de caos. Una lotería astronómica a la inversa donde descansamos cómodos que apenas si tenemos una posibilidad astronómicamente pequeña de ganar.

Eso no quita que intentemos de evitar la culpa personal. La próxima vez que lleguemos al aeropuerto para darnos cuenta que hemos dejado el pasaporte en casa, estaremos tentados a levantar el puño furioso hacia el cielo, maldiciendo a aquel simpático octúpodo que olvidó su almuerzo y volvió en el tiempo por él.